

Relatos*

Que planche Rosa Luxemburgo

Estaba planchando la manga de una camisa. Alisó el puño con la mano para que la plancha no hiciera pliegues en los bordes y luego la dejó caer con fuerza. Mientras mantenía la plancha sobre el puño, levantó la cabeza hacia la ventana abierta. Sus ojos vagaron un instante por las paredes encajadas del patio: no veían, sólo vagaban distraídos por la estrechura blanca. Y de pronto, cayó en la cuenta. Claro, se trataba de eso. Maquinalmente colocó la plancha en posición vertical. «Sí señor, era eso. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Pensándolo bien, y si tenía que ser sincera, la verdad es que se le había pasado, no había reparado en ello. Hasta ese momento todo le pareció natural. Existía una lógica; bueno, más que una lógica había una inercia lógica. Un orden. No, no era propiamente un orden, era más bien un desarrollo. Sí, eso era: un desarrollo, un desarrollo lógico. Algo que empezaba de una determinada manera y se desarrollaba a partir de ese principio. Es decir: coherencia. Había coherencia. El desarrollo era lógico porque era coherente. Si no hubiese habido coherencia no habría sido posible el desarrollo. Sin coherencia no hay desarrollo: unas cosas dependen de otras, ya se sabe. Es una ley física. Sin embarazo no hay parto y sin parto no hay hijo. Y sin atención y cuidados, sin alimentación, no hay crecimiento. Y sin crecimiento no hay desarrollo. Y si no lavas no hay pañuelos y si no planchas no hay camisas. Y si no guisas, etcétera».

Empuñó la plancha de nuevo y al hacerlo se dio cuenta de que no expulsaba vapor. Se había quedado sin agua. Sin ninguna razón el hecho le dio risa. Se volvió buscando la jarra con agua. No estaba, se la había dejado en la cocina. Riéndose echó a andar por el pasillo. «Estoy hecha una imbécil, un día de éstos pierdo una pata y no me doy cuenta de que soy coja». Volvió con la jarra y llenó la plancha. Con parsimonia empezó a planchar la manga. «Las mangas son una verdadera mierda, nunca quedan bien».

* Del libro inédito *Que planche Rosa Luxemburgo*, Premio Galiana 1994, y de pronta publicación.

Miró unos momentos su trabajo con cierta resignación. «Si no estás mejor, estás peor, que te ondulen». Quitó la camisa de la tabla de plancha y la colgó en una percha. De reojo miró el montón de ropa que quedaba por planchar. «Los pantalones, no. Odio los pantalones». Tras un minucioso examen, eligió un montón de pañuelos. «Con los pañuelos da gusto. Bueno, exactamente gusto no, porque son ciento y la madre. Hay que ver lo que nos sonamos». Los pañuelos grandes los doblaba en cuatro y los pequeños en triángulo. Fue haciendo dos montones meticulosamente. Hacía mucho calor. «En cuanto acabe me doy una ducha». Durante unos minutos estuvo mirando los pájaros que revoloteaban en el patio. «Seguro que se trata de eso. Está más claro que la luz. No pienses más. Vamos a ver ¿tú has ido alguna vez a los Mares del Sur? ¿Has tenido eso que llaman una aventura, pero lo que se dice una AVENTURA, un romance en serio. Vamos, un adulterio como Dios manda? ¿Has hecho deportes de invierno? ¿Has estado en París? Pero si todo el mundo ha estado en París. Y, por último, ¿has hecho la revolución? Es eso. A ti lo que te pasa es eso: que no has hecho la revolución. Esa es la explicación de todo. Ahí lo tienes. Pura lógica». Se dio cuenta de que estaba con la plancha en el aire. «Esta mierda de plancha se ha vuelto a quedar sin agua. Lo que le pasa es que está más vieja que la Tana. Y lo que me pasa a mí es que no he hecho la revolución y, sobre todo, que nunca he ido a los Mares del Sur».

La gata había entrado silenciosamente y miraba los pájaros con arrobó y canibalismo. «Lo siento, Tristana, esos bichos, además de estar lejos, vuelan. A la mierda. Tú y yo nos vamos a tomar ahora mismo un nescafé con hielo. Que planche Rosa Luxemburgo». Mientras caminaba hacia la cocina iba pensando que mañana mismo se volvía a leer *La locura de Almayer*. Conrad era un maestro describiendo los Mares del Sur.

La lámpara de Aladino

Distraídamente miró hacia la calle mientras sacudía el mantel. La mirada abarcó un panorama estrecho y gris. Eran las ocho de la mañana de un día de invierno. Hacía frío. Intentó mirar hacia uno y otro lado de la calle, pero chocó con las rejas del antepecho. Las habían puesto cuando la niña era pequeña y más tarde, cuando quiso quitarlas, Horacio se opuso rotundamente, alegando confusas razones sobre la imprudencia y la posibilidad de un accidente. Se sintió invadida por una necesidad imperiosa de sacar la cabeza por entre las rejas. Tomó impulso y se subió al antepecho. «¡Qué barbaridad! —pensó— esto es mucho más peligroso. Tengo que quitar estas malditas rejas». Apoyándose ligeramente en la barandilla miró

al fondo de la calle. Estaba desierta. «¡Madre mía!, es sábado, pero parece que fuese lunes». El aire helado le dio en la cara y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Despacio se bajó del antepecho. Pegó unos instantes la cara a las rejas y miró hacia la calle. Luego, miró el largo pasillo de la casa y recordó el pasillo de la cárcel donde estuvo su padre. La calle también le recordaba aquel pasillo carcelario, con tela metálica a los lados. «Tengo que quitar de las ventanas estas horribles rejas». Se sentó en la mecedora y estuvo un rato mirando la habitación. Llevaba un camión de nylon y estaba descalza. «Qué invento el de la moqueta. Es una delicia poder andar descalza por la casa». Sintió frío y se levantó para cerrar la ventana. «¿Qué hago: me lavo los dientes y luego me tomo el café, o me tomo el café y luego me lavo los dientes?». Silenciosamente llegó hasta la cocina. Puso la cafetera en el fuego y encendió el calentador de butano. «Hay que ser original: me ducho. Seguro que el agua sobre la cabeza me aclara las ideas y me permite tomar esta crucial decisión».

La casa estaba envuelta en ese silencio espeso que produce el sueño. La vecindad dormía. Salió de la bañera y se envolvió en la toalla de baño. Se secó un poco los pies y el pelo y entró en la cocina. Se preparó un café con leche y se fue con él al comedor. Sentada de nuevo en la mecedora, comenzó a beber despacio, a pequeños sorbos. Levantó la cabeza y miró los cuadros pintados por su padre. «Llevo cuarenta y cuatro años en esta habitación. ¿Cómo puede ser que alguien lleve cuarenta y cuatro años en el mismo sitio?». Giró la cabeza por la sala. Bebió un trago más largo y encendió un cigarrillo. Había un silencio obstinado, como si los muebles, las paredes, los cuadros fuesen auditores negados a responder. Recordó un verso de Rosales «lo que no quieras escuchar no lo preguntes». Sintió un pequeño escalofrío. «¿Será el verso o simplemente que tengo frío?». Se inclinó por lo segundo y fue a ponerse una bata. El día se levantaba con esfuerzo. En el patio amenazaban los primeros ruidos, todavía apagados, con esa torpeza lenta que nos acompaña al despertar. Volvió a buscar su café: estaba frío. Tuvo un amago de rebeldía, no sabía bien contra quién. «Recalentado está asqueroso, mejor me tomo lo que queda y me preparo otro caliente». Puso de nuevo la cafetera sobre el fuego.

Salió al pasillo y anduvo por él mirando de refilón la enorme librería que iba de un extremo al otro. «Si se pudiera medir lo que he andado por este pasillo, seguro que podría apuntarme algún récord». Volvió a la cocina, apagó en la pila el final del cigarrillo y se sirvió otro café. Apoyada en la pila empezó a beberse. «Vamos a ver: tienes que ir al mercado, a la tintorería, a la zapatería, a la droguería y a la tienda. Antes de salir pones la lavadora y así, cuando vuelvas, tiendas». Debían ser alrededor de las ocho y media. Volvió a experimentar la misma sensación de antes. «Qué

raro, sigo pensando que este sábado parece lunes». Se tocó la cabeza: todavía estaba húmeda. «De aquí a que me vaya se me habrá secado».

Entró en su habitación y comenzó a vestirse. «Me sobran diez kilos, justos los que le faltan a Horacio». Pensó una vez más en que tendría que ponerse a lechuga. «Qué mierda de mundo, media humanidad muerta de hambre y la otra media teniendo que ponerse a régimen. Es de locos». Terminó de vestirse, hizo su cama y se fue al cuarto de baño. Estuvo contemplando su cara en el espejo durante unos minutos. Se cepilló el pelo, le habían salido cuatro o cinco canas. «Tiene gracia, Horacio que es más joven, está canoso perdido y yo con cuatro miserables canas. El mundo al revés». Se lavó los dientes y se concedió otra ojeada. «Puedes pasar. Las he visto peores que tú». Se metió en la cocina, preparó el desayuno para Horacio y la niña y sin pensarlo dos veces cogió el carro y echó a andar. Se puso el chaquetón y cerró la puerta muy despacio para no despertar a los que dormían. «Mierda, no he puesto la lavadora». Dejó el carro en la escalera y volvió a entrar en la casa. Sacó el detergente y puso la lavadora. «No voy a llegar a tiempo de poner el suavizante. Bueno, volveré a poner el último aclarado». Cogió el carro y llamó al ascensor. «Madre mía, las nueve y media».

Salió a la calle como si la persiguieran. Una bocanada de aire frío la detuvo en la acera. «¡Qué día!». Hacía un frío cortante. La ciudad parecía una gran casa abandonada. La calle se extendía gris y vacía. «Dios mío, qué sábado. Parece cualquier cosa menos sábado, ¿no será viernes?». Le entró una especie de desgana miserable. Avanzó despacio, como si el carro le pesase. «Vamos, mujer, no te amilanes, sólo es un día más, un veintisiete o un dieciocho de la semana. Espabila». Miró la acera desierta. Sintió las manos frías y pensó que tenía que comprarse unos guantes. De refilón, se miró en un escaparate sin detenerse. «Debo tener aspecto de ama de casa. Qué raro. Seguramente el tendero, el carnicero, el pescadero, cuando me ven, ven a un ama de casa. Como yo cuando los miro a ellos veo a un tendero, un carnicero, un pescadero. Y vaya usted a saber lo que pasa con ellos. Y vaya usted a saber lo que pasa conmigo. Vamos, déjate de tonterías y áprieta el paso». Pero siguió caminando despacio, como si disfrutase haciendo lo contrario de lo que pensaba. Finalmente, había conseguido una especie de paso de museo que mantuvo tozudamente hasta llegar al mercado. Ya dentro, el bullicio la envolvió y fue de un puesto a otro con el ritmo acostumbrado. Salió con un paso entre agobiado y urgente. El carro, atestado, le pesaba como un muerto. Tintorería, zapatería, droguería, tienda. Al pasar por la panadería se dijo: «Es imposible, me faltan manos. Bajaré luego por el pan». La calle había hecho un esfuerzo por